

# Íngrema la ciudad

Ramiro Rodríguez



Ganador del III Concurso Estatal de Literatura

COLECCIÓN NUEVO SIGLO

# Íngrema la ciudad



*Íngrema la ciudad*  
© Ramiro Rodríguez  
Primera Edición 2011

ISBN: 978-607-95663-1-9

*Gobierno del Estado de Tamaulipas*

Ing. Egidio Torre Cantú  
*Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas*

Mtra. Libertad García Cabriales  
*Directora General del*  
*Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes*

Derechos exclusivos de edición en castellano  
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA),  
Calle Francisco I. Madero N° 225, Zona Centro,  
Ciudad Victoria, Tamaulipas (C.P. 87000)  
Teléfonos: (01-834) 1534312 Ext. 123

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso del editor.

# Íngtima la ciudad

Ramiro Rodríguez

Ganador del III Concurso Estatal de Literatura

*Poesía*



**P**ara el Gobierno del Estado, brindar un acceso total a las expresiones artísticas como parte de una estrategia de desarrollo cultural integral para todos los segmentos de nuestra población, es una de sus más relevantes prioridades.

La escritura, en todas sus variantes, es una de las formas creativas que nos acercan, nos identifican y nos reafirman como tamaulipecos y mexicanos. La voz de nuestros escritores es también, la voz de nuestras comunidades.

La literatura en particular, recrea la fuerza de las acciones en la palabra. Es reflejo, testimonio, búsqueda, oficio e imaginación.

Para alcanzar el Tamaulipas que todos queremos, acercamos la obra de nuestros autores a nuestra gente. Nuestra labor editorial es parte de esa estrategia y del esfuerzo colectivo por construir, desde la cultura, un Tamaulipas fuerte para todos.

**Ingeniero Egidio Torre Cantú**  
Gobernador Constitucional del  
Estado de Tamaulipas



**E**l Gobierno del Estado de Tamaulipas, a través del Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, busca vincular la experiencia literaria para que, a través de la lectura, se lleve a cabo el encuentro entre los autores y sus lectores.

Es mediante la labor editorial que preservamos la esencia literaria de nuestra tierra, fuente inagotable de inspiración para las generaciones que han dejado y siguen dejando su huella en la construcción de Tamaulipas.

Para abrir más opciones de acceso incluyente al arte y a las expresiones del quehacer de nuestros creadores, dejamos registro en los libros que presentamos a la sociedad tamaulipeca para su amplia difusión y goce.

Este registro, estos textos, celebran una forma de ver el mundo y una imaginación plena de vivencias y originalidades. Esto enriquece la experiencia de la que surge y en la cual enraiza su porvenir sembrado de positivos presagios. Su variedad, producto del mosaico multicultural del presente tamaulipeco, es orgullo de una diversidad cuyo signo de identidad es la confianza en el poder articulador de la palabra para continuar construyendo un estado fuerte desde la cultura.

**Mtra. Libertad García Cabriales**

Directora General del Instituto Tamaulipeco  
para la Cultura y las Artes





*“La ciudad que se iba quedando atrás íngrima y sola”*

Miguel Ángel Asturias



I

La ciudad abre sus piernas  
a las lenguas de la noche,  
se consuma la premonición del viento  
para dormir sobre jardines urbanos.

La memoria se desdienta  
con los enjambres oscuros del desvelo  
y la ciudad se erige  
en renglones de humedad que trazan  
la geometría memorable del cuerpo.

II

La mujer cruza la calle hacia la plaza  
mientras las campanas de la Catedral  
llaman a misa.

El reloj desmiente el acecho  
de la noche y sus contornos.

Una sombra la sigue para arrojarla  
a la esquizofrenia de espejos rotos.

Ella sostiene en sus labios marchitos  
un cigarrillo perpetuo que se extingue  
de aliento y de luz  
y prevalece su nombre de destiempos  
en el hocico del viento.

La mujer se desdobla de palabras  
para un pretendiente incorpóreo  
en frondas de árboles,  
los contornos de sus senos flácidos  
hablan de nostalgia de hombre,  
señal inequívoca de que el tiempo pasa  
con la prisa ingenua de la esperanza.

Cada noche que se escombra en la ciudad  
la mujer se muere un poco.

Cuelga sus ojos secos en la confianza  
de saberse árbol milenario,  
paloma oscura de plumaje circunspecto  
en la inquieta respiración de la plaza.

III

Torres de cantera en la iglesia  
como faros en puertos perdidos,  
caja de campanas que anuncian  
la palabra que se desdibuja en el lienzo,  
nido de palomas,  
recordatorio para las devotas de piedra  
bajo la ciudad de sal.

Ellas cubren su rostro de humo  
con la vergüenza que engendra el polvo,  
se postran ante los ojos del mundo  
con máscaras de piedad  
y se golpean el pecho en primera fila  
como anunciando su penitencia,  
instruyen el Pentateuco en la doctrina  
para estandarizar la moral  
y cantan salmos en voz muy alta  
durante misas de domingos.

En cuanto salen de la iglesia,  
las devotas de piedra arrojan fuego  
sobre estatuas que se pulverizan  
con la noche,  
miran por encima del hombro  
al hombre que sostiene aire en la mano  
y apuran el paso para alejarse pronto  
en medio de señales de la cruz.

Son las devotas de la iglesia  
como aves en vuelo sobre aceras.



IV

Hay salmos que se oxidan  
en el vuelo cotidiano del ave,  
salmos que nos disipan  
en la voz invisible del agua.

Hay salmos que se deshilan  
entre portales de incienso  
y nos escombran en reflejos  
para rehacer la estructura.

Hay salmos que nos enconan  
para conmover nuestras manos  
y nos dejan el cuerpo sin aliento  
en calles de ciudades oscuras.

V

Un viejo vendedor de cuentos  
pregona historias en la plaza,  
desanuda palabras que se entumescen  
entre follajes de árboles estoicos.  
Se estremecen los transeúntes  
en las aceras de la ciudad,  
se esconden como animales nocturnos  
para evitar la muerte prematura.  
Sólo las putas  
ignoran el miedo:  
caminan con sus disfraces de arco iris  
bajo la saliva de lenguas oscuras,  
dejan rastros de serpiente en las calles  
para concederle a la noche un abrazo.

VI

Hay ciudades que se vuelven palabras  
durante horas de sábanas blancas,  
ciudades que cuentan cálidos cuerpos  
en calles desnudas de incierta esperanza.

Hay ciudades que encienden las lámparas  
e inundan de sales las céntricas plazas,  
ciudades que tiemblan al paso de lluvias  
durante el discurso fugaz de guitarras.

Hay ciudades que cuelgan estampas  
en árboles mudos de luces amargas  
y buscan la noche para alimentarse  
en cantos y vientos y raras nostalgias.

## VII

El túnel se aligera de puertas,  
la gente pasa con relojes en los ojos  
como olvidando sus nombres,  
se humedece la ciudad de fuego  
en la lengua de polvo que se abre.

VIII

Sus rostros enfrentan a la noche,  
se alzan para recibir gotas de lluvia.  
La ciudad se traga sus nombres  
entre ruidos de automóviles.  
Abundan perros que lamen manos  
en espera de vientos benéficos.  
Sin ladrar, nos miran a los ojos  
y un espejo se rompe en pedazos.  
Los perros gimen de hambre  
mientras los dioses se enceguecen,  
las tierras inhóspitas de otros campos  
hacen más solitaria a la ciudad,  
aun entre el bullicio  
de pájaros de piedra.

IX

Hay pájaros que olvidan el viento  
al encerrárseles en jaulas,  
pierden la suavidad del plumaje  
para atragantarse de murmullos.

Hay pájaros que mueren de tristeza  
al cortárseles las alas,  
se vuelven terrestres a fuerza de andar  
por calles solitarias que se entumecen.

Hay pájaros que se petrifican en plazas  
para verse como estatuas.  
Se transfiguran en aire con el tiempo,  
se desmoronan en lenguas de polvo.

X

Un hombre sin sol en sus ojos  
se petrifica en calles desnudas,  
extiende sus brazos para sentir  
las lenguas cálidas del viento  
(*es Jesucristo crucificado*).

Muestra su corazón de agua  
y la gente que pasa enceguece.

El hombre sin sol cubre su rostro  
con alas de insectos nocturnos  
(*es Jesucristo crucificado*),  
de sus labios de arena se derrama  
el aleteo inconfundible de gaviotas  
y de sus ojos, el lado posterior de la luna.

XI

Hay lunas que lamen con lenguas  
las sílabas resacas de la noche,  
lunas que se encienden en el fuego  
para crepitar en suburbios cómplices.

Hay lunas en paredes prohibidas  
como ojos de coyote hambriento,  
lunas que celebran el asombro  
de transeúntes perdidos en su éxodo.

Hay lunas que descienden a saciarse  
en estanques de calles solitarias  
y que luego se anestesian de erotismo  
en las noches de ciudades olvidadas.



## XII

Se abren puertas de templos oscuros  
para dar la excomuni3n al penitente,  
se inicia el estremecimiento de campanas  
como llamando a los feligreses  
del desvelo.

Primero llegan las estrellas de la noche  
con sus ramos de aromas entumecidos,  
con sus senos al viento  
para alimentar al mundo.

Luego llegan los esclavos del trabajo  
para ahogarse en los sabores del alcohol  
y olvidarse de tristezas que se oxidan  
en paredes cotidianas de la mismidad.

### XIII

Hay mismidades que nos enconan  
en el tumbo feroz de la violencia,  
en un alud de nostalgia  
cuando llega la noche a la ciudad.

Hay mismidades que nos revierten  
los propósitos de ser potentes alas,  
de ser discreto rayo de luna  
para iluminar las calles de la ciudad.

Hay mismidades que nos hundan  
en abismales huecos de implosiones,  
en habitaciones de palabras  
para olvidar el rostro de la ciudad.

XIV

La ciudad es una puta que se ilumina  
cuando asoma a la esquina la noche,  
muñeca feliz que muestra sus pezones  
de senos abundantes  
para que los transeúntes se amamanten  
como niños de piedra recién nacidos  
y la gente que pasa en coches lujosos  
los señale con el dedo de quien acusa.

X V

Íngtima la ciudad,  
aun con mujeres  
en danza de piedra  
sobre las calles,  
con lunas invisibles  
que cuelgan de Dios.  
La ciudad se entumece  
ante rumores sin eco,  
se anonada con voz  
de pájaros sin alas.

XVI

Muñecas cortadas con cuchillo de fuego,  
se hunden en la molicie de absurdos deseos,  
hablan con palabras inéditas de silencio  
y transforman las noches en días de asueto.  
Muñecas prohibidas de carne y de hueso  
consuelan al mundo de sordos momentos.  
Descienden al limbo alegórico de los sueños  
y quedan de piedra con sus senos al viento.

XVII

Las putas caminan por calles  
mudas de silencio,  
absortas en líneas de trazo imperfecto  
con el hachazo invisible de la soledad.  
Las luces de neón beben agua  
en los baches que huellan,  
por la lluvia,  
las fieras surrealistas que merodean  
con el aliento hediondo del miedo.

XVIII

Hay miedos que ahuyentan la voz  
cuando hace acto de presencia la noche,  
miedos que petrifican a los cuerpos  
en momentos de decisiones  
para desandar el trayecto al calvario  
de castigos intactos en la ciudad.

Hay miedos que mojan las piernas  
ante los hechos ineludibles de la culpa,  
miedos que cimbran  
el núcleo exacto del cerebro  
y excavan pozos de ceniza volcánica  
en el centro que acoraza el pecho.

Hay miedos que encristalan los ojos  
y como que invocan horas de lluvia.

XIX

Las aceras sucumben en el aleteo  
de muertes que se engendran sin piedad,  
las acuchillan los puñales de zapatos altos  
en contoneos planeados con alevosía,  
murmuran su destino de mercaderes  
para internarse en las lenguas de la noche.



X X

Las putas son contornos semiocultos  
detrás de arbustos alígeros,  
sombras que se untan a las puertas  
de habitaciones oscuras de lengua  
—como la noche,  
tatuajes absortos entre perfume barato  
y aguas putrefactas de lluvias fugaces.

Las putas son contornos derruidos  
en la monocorde soledad del mundo,  
pausas yuxtapuestas en la incertidumbre  
de relojes de arena,  
aves que se reinauguran en el bullicio  
de calles que se alargan en la ciudad.

XXI

Espectros de alas tatuadas  
en cruceros nocturnos,  
pasos de hojarasca a destiempo  
*(la soledad se prostituye casi siempre).*

Trazan estrategias de arena  
para lanzar el anzuelo,  
esperan un pez succulento  
y aniquilan el hambre  
de nociones que se estremecen  
en antros de luces neón.

Tienden el arco,  
lanzan la flecha  
y tañen las campanas del miedo  
*(la soledad se prostituye siempre)*  
cuando se desuellan los ecos de la bruma  
en lo que queda de memoria.

Los espectros de alas nocturnas  
se vuelven insectos de piedra  
*(la soledad se prostituye)*  
y quedan expuestos a los labios  
de transeúntes que se pierden en la noche.

XXII

La soledad se bebe a sorbos  
para no quemarse la lengua.

### XXIII

Las calles son galerías interminables  
de museos oscuros con arte bíblico.

Se exhiben estatuas de sal  
en esquinas de plazas soñolientas,  
contornos con variaciones creativas  
de un Lot desobediente.

La sal petrificada  
delinea los contornos de hombres,  
aves iconoclastas que vuelven rostros  
hacia huellas lapidadas en aceras.

XXIV

El hedor a líquidos olvidados  
sale por puertas y ventanas de antros  
de dudosa reputación,  
ahí donde los hombres se olvidan  
de vulgaridades laborales,  
donde el marido se bautiza de ausencias  
que halla en puertas oxidadas de su casa.

X X V

Los ciclos cotidianos anuncian  
el canto lúgubre de relojes de arena,  
la ciudad se prepara para inaugurarse  
en el vientre de la vida nocturna,  
en letras de palabras que se prohíben  
en también prohibidas habitaciones.  
Se inicia el concierto de dioses  
en el centro de la ciudad despierta.

XXVI

Los graznidos de actos  
en la clandestinidad de voluntades  
convergen en los ciclos cotidianos,  
surgen espectros en calles oscuras  
como advertencia de humedad.

Los hocicos que triscan la hierba  
se detienen frente a puertas invisibles,  
esperan el canto del reloj monocorde  
y entran a deshacerse de conjuros.

Es acto de purificación  
en medio de rumores sin reticencias.

XXVII

La ciudad deja abiertas sus piernas  
a las lenguas de la noche,  
copula con el viento que se incrusta  
en la llanura fértil de su vientre.

La ciudad se estremece  
ante un orgasmo inminente,  
se convierte en mujer  
ante el murmullo del viento.



XXVIII

Hay calles por las que transitan  
las recuas tremendas del olvido,  
calles que se oscurecen de voces  
que nunca fueron.

Calles que se inauguran por la avaricia  
de hombres que desconocen equilibrio,  
calles sin nomenclatura visible  
para orientar a los perros de la noche.

Hay calles que enmudecen  
cuando les conviene,  
calles que se pierden en el mimetismo  
para aparentar el acceso que no son.  
Como perros dóciles, portan máscaras  
de banderas que enarbolan democracia.  
Pero al menor descuido se exceden  
en el proceso de marcar su territorio.

Hay calles por las que no hay autos que transiten  
porque el acceso está prohibido por reparación.

XXIX

El lamento áspero de sirenas  
me hace recordar tiempos de guerra,  
profundos instantes  
de álgida zozobra que me dispersan  
sobre olas de mares urbanos.

Los guardianes del orden confluyen  
en ríos tumultuosos,  
se adelgazan sus sombras miméticas,  
sus contornos que se transfiguran  
dentro de la boca enorme de la ciudad.

X X X

Hay sirenas que cantan a la noche  
buscando aliento de pálidos hombres,  
sirenas de mares que alzan sus olas  
y tiemblan de gozo en simple desorden.

Hay sirenas que ignoran sus nombres  
e incendian espacios de antiguos rencores,  
sirenas alígeras que abrazan estrellas  
y olvidan calles de númenes cómplices.

Hay sirenas que encienden amores  
en pechos que portan corazas de bronce,  
sirenas desnudas de pseudo caretas  
que tiñen sus cuerpos de lívidas voces.

XXXI

Las aceras esconden en su vientre  
los cuerpos melancólicos de mendigos,  
ancianos alados que encuentran asilo  
bajo ventanas  
de postigos derruidos,  
animales que cubren sus rostros  
con periódicos de fecha caduca:  
elegantes fotografías de estudio  
con bellas jovencitas de sonrisa fingida  
entrando al círculo social  
y políticos que entregan al pueblo  
el discurso agrio de la esperanza.

XXXII

Hay animales que pernoctan  
en calles de hielo en pleno verano,  
animales de musgo que se deslizan  
por paredes de casas antiguas  
y torres sedientas de iglesias.

Aun con murmullo de transeúntes  
la ciudad es íngtima,  
se derrama su soledad desnuda  
y hace ríos de nostalgia que corren  
hacia arterias subterráneas.

Hay animales que se convierten  
en visiones de gente invisible  
y que salen a tomar la hostia  
de la perpetuidad por la noche.

XXXIII

La ciudad recibe el eco de la memoria  
sobre árboles de piedra,  
se concentra sobre paredes viejas  
la denuncia de espejos rotos.  
La ciudad se arboriza con ramas  
de sonidos reticentes,  
goteo aletargado en lluvias de silencio  
como lágrimas de mujer desnuda.

XXXIV

Las aceras de la ciudad  
tiñen sus labios de sangre,  
pueblan su rostro  
con truenos que soplan violencia.  
Las campanas de la iglesia  
trazan líneas de agua en el aire,  
cortan triángulos de violencia  
para conmover a las aves.

Un hombre se cubre de polvo  
a manos de un asesino fortuito,  
lobo de fuego  
bajo el vaho de signos abstractos  
que se pierden en el eco.

Las putas contemplan la escena.  
Los transeúntes cierran los ojos.  
Sólo los perros ladran al ave invisible  
que abre sus alas viento adentro.  
El muerto se pulveriza esa noche  
en que la ciudad se expande,  
se dispersa por las calles  
y se confunde con espejos de lluvia.

XXXV

Hay transeúntes que cierran sus ojos  
y golpean el llamador de casas malditas,  
cubren sus rostros de fuego  
frente a la cima en torres de iglesias.

Hay transeúntes que cruzan fronteras  
para beberse el agua en ríos de polvo,  
rompen la urdimbre de sal  
en camas que cuentan de soledades.

Hay transeúntes que entran de rodillas  
para encontrar indulgencia en el sol,  
se pintan tatuajes de arena  
y cubren su cuerpo desnudo de piedra.



XXXVI

Vendedores de infortunio  
salen a las calles solitarias,  
se derrumban como arena  
en el letargo del vaho soñoliento  
que envuelve a la ciudad.

Anuncian mercancías  
de putrefactas nostalgias,  
reinventan lenguas muertas  
para poblarlas de vida.

Se deslizan por los senos  
que se expenden por la noche,  
hasta que acecha en el oriente  
el aliento de la mañana.

XXXVII

Los perros ladran a lo lejos  
cuando la luna duerme de noche.  
La ambulancia recoge los vestigios  
de lo que fuera un cuerpo,  
disperso sobre la franja asfáltica  
de la memoria.

Luces rojas y azules se confunden  
en destellos de noticia amarillista.  
Los periodistas son centinelas  
de cuerpos que trazan ríos terribles,  
les dan atención como a los actores  
que caminan sobre alfombras rojas.

Los perros ladran a lo lejos  
y la luna brilla por su ausencia.

XXXVIII

Hay perros que ladran a la luna  
cuando se indigestan de molicie,  
perros que siguen huellas distintas  
a las que amanecen por las calles  
de la ciudad desnuda,  
perros que vagan por avenidas  
en busca de habitaciones cálidas  
y luego lamen sus heridas  
por donde manan gotas de sal.

Hay perros que ven su reflejo  
en charcas después de la lluvia  
y gimen de tristeza  
al saberse vacíos por costumbre,  
perros tristes que ladran a la luna  
por las calles de la ciudad desnuda.

XXXIX

Las calles de la ciudad nocturna  
huelen a orines de etílicos dioses.  
Por las aceras deambula la gente  
con cara de esconderse en casa.  
Esperan en la esquina  
el transporte colectivo  
para cortarle un trozo a los sueños,  
para lamer heridas del cansancio  
después de hornear el pan  
para la mesa.  
La gente cierra los oídos al hedor  
y se prepara para regresar mañana  
al ciclo líquido que se escombra  
en los ángulos mustios de los ojos.

XL

Hombres cubiertos de espuma  
salen de templos de mala muerte,  
algunos recitan el poema del olvido  
mientras otros aplauden a la luna.  
Las putas se alegran en el bullicio  
con la alegría mecánica del trabajo,  
piensan que la noche  
será benévola.

Son los hombres que resguardan  
los líquidos litorales de la patria,  
festejan a junio con licor de dioses,  
presencian el nacimiento del sol  
y las ninfas livianas se celebran  
en hombres cubiertos de espuma.

XLI

El hombre de blanco desciende  
al corazón desnudo de la ciudad,  
entra por la puerta principal  
para celebrar  
el inicio de junio,  
se bebe tres botellas de olvido  
para romper el hielo de Dios  
y se sorprende con ojos abiertos  
bajo la luna.

No sabe si se imposta  
con la gloria  
o si penetra al túnel del infierno  
por caminos dispersos  
en el borde de su calentura.

Las putas cubren sus rostros con arena  
y se escombran en sombras de ironía,  
se burlan de tristezas sedentarias  
en la crepitación de palabras malditas.  
El hombre de blanco se despetrifica,  
entra a la habitación  
y se sorprende en el vuelo de gaviota  
sobre mares de orgasmos inconclusos.

XLII

Las putas pierden su re-puta-ción,  
sólo queda el re-cuerdo de ac-ción,  
re-membranza de la imagina-ción  
en re-lojes sin fun-ción en la arena.



XLIII

Así como se prostituye la noche,  
así se disipa.

Estatuas de sal quedan en campos siderales,  
molinos de viento sin viento —como náufragos,  
mares saludísimos de innumerables estrellas.

*(Insuficiente un parpadeo para arrojarse al origen.)*

Para aventarse a la semilla  
sólo un suspiro,

aliento disperso sin sabores en galaxias mudas,  
muerta alegría de luminosidades pretéritas,  
canto de pájaro al borde doloroso del suicidio.

*(Un parpadeo desuella el regocijo de no ser dolor.)*

La noche llega para tragarse  
materias olvidadas,

su fugacidad asombra al entendimiento humano,  
cosmogonía ensordecedora de leyes naturales,  
constelaciones pulverizadas en mantos estelares,  
lenguas ocultas a los ojos irrepitibles del poema.

*(Un parpadeo desdienta al dolor y al regocijo.)*

Ah, la noche la noche  
y su parpadeo simple,  
dispersión absoluta de multitudes ordinarias,  
fragmentación de suspiros colgados en álamos,  
disidencia caótica de aletargados brazos,  
éxodo de rotaciones y traslaciones.  
*(Un parpadeo fugaz no es lo que parece.)*

XLIV

Hay estatuas de sal que no alcanzan  
a solidificarse al paso de milenios,  
estatuas que se escombran  
en la urdimbre negra de la ciudad  
(*conjuro de actos que duelen en los ojos*).

Las calles se pueblan con estatuas de sal  
y la noche se impacta en brazos  
de hombres oscuros,  
mientras las putas descienden como aves  
para beber el agua fresca de las charcas  
(*devoción por las funciones del tacto*).

Hay estatuas de sal que se desmoronan  
con el soplo ligero del viento,  
estatuas que vuelven a su minúscula forma  
para esperar instantes más favorables  
(*lame mi lengua la sombra en el espejo*).

Y cuando la noche  
cubre calles desnudas  
las estatuas de sal dejan de ser estatuas,  
se desplazan sobre grietas en las aceras  
para encontrar las letras de sus nombres  
*(seis acordes en las letras de mi nombre).*

XLV

Perros nocturnos en el rostro del agua,  
animales de algodón que se pierden  
en calles de ciudades violentas,  
palabras de piedra que se dispersan  
en búsqueda de conciliábulos.

La catarsis que el ritmo de la ciudad provee  
liberta a la conciencia del amalgamamiento,  
sonidos que encuentran su aurora boreal  
con reflejos del hemisferio norte,  
aguas en tiempos de contiendas redentoras  
bajo la tierra cósmica del canto etéreo.

XLVI

Hay noches en que morimos un poco,  
noches en que nos acuchillan el rostro,  
cuando el letárgico ulular de un búho  
nos dispersa en implosiones el cuerpo.

Hay noches en que un infarto nos duplica  
y quedamos con parálisis en la lengua,  
de esas noches que nos colman de arena  
en playas de silencio detrás de los ojos.

Hay noches en que nos arborizamos  
y extendemos ramas a puntos opuestos,  
noches mudas en que morimos un poco  
tras contraernos en pozos de recuerdos.

XLVII

Los insectos pueblan la noche  
con sus alas delgadas de aire,  
giran en el viento de junio  
y caen con estrépito en la calle,  
mueren bajo fauces de polvo  
que los extinguen de pronto  
como si nunca hubieran existido.

XLVIII

*A Elvira Meade*

Hay noches en que morimos  
antes de tiempo,  
momentos en que los insectos  
se derrumban del aire  
con sus agujones mortales  
para clavarse en los nervios,  
instantes en que un golpe  
nos cimbra  
hasta transfigurar el cuerpo  
en montículos de arena.

Hay noches en que la carne  
se nos cae de los huesos,  
giros inesperados  
en que bebemos agua de sal  
para curar las grietas internas  
del padecimiento,  
segundos en que se nos inundan



las arterias del tacto  
con el canto quejumbroso  
de acontecimientos graves.

Hay noches en que morimos  
antes de tiempo  
y nos dispersamos por rincones  
para guardarnos luto,  
momentos en que nos llovemos  
hacia adentro de la memoria,  
en que asistimos a las exequias  
de nuestro nombre  
para despedirnos por siempre  
de aquella estatua que fuimos.

XLIX

Las voces de hombres ilustres  
desgajan la memoria,  
se cierra el telón azul del escenario  
y el público habla con murmullos  
sobre el crimen más reciente.

Se oyen vestigios en el viento  
por donde pasa la confianza,  
se anudan mis labios  
en la urdimbre hostil de la noción  
y navego en el entumecimiento  
para escombrarme de molicie.

Los árboles del miedo se asombran  
con el aleteo inconcluso de un grito,  
se estremecen con el vaho álgido  
de pájaros nocturnos,  
se disipan con devoción mis palabras  
bajo lenguas de estatuas invisibles,  
con un vaticinio de sombras me desnudo  
y yazgo entre brazos de piedra.

L

Las íngrimas voces se inventan  
nuevas formas de copulación,  
se adhieren a paredes antiguas  
de casas con picaportes en el olvido,  
se arrastran por calles con agua  
por la reciente lluvia de junio.  
Los pájaros olvidan sus voces  
para morir un poco  
y esperan en ramajes de fresnos  
el éxodo de la gente nocturna.

LI

*A Federico Fernández*

Hay voces que cantan  
el color de palabras enmudecidas,  
voces que atenúan  
el sabor amargo de la muerte  
en desdoblamiento natural  
donde el Hombre se emparenta  
con el sol.

Hay voces que construyen  
la urdimbre azul de la memoria,  
voces que silabeán  
los objetos sin cuerpo ni nombre  
con lenguaje de dioses desnudos  
en la intemperie del verso.

Hay voces que transfiguran  
la ordinariez de acontecimientos,  
voces que se impostan  
con la mirada febril del lenguaje  
cuando desciende el aliento del arte  
para inaugurar la superficie intacta  
del papel.

LII

Hay hombres-lobo que se pierden  
en la vagina enorme de la noche  
*(las palabras se despojan de temores  
para desentumecerse entre mis manos),*  
tientan el punto G  
para reinaugurarse en el olor a sal  
de mares olvidados en el cuerpo  
*(se duplican como imagen al espejo  
para volverse puntos infinitos).*

Entonces la ciudad se enmudece  
y atestigua el suicidio de los dioses  
*(lamen mis dedos para seducirme  
en el viento húmedo de la noche).*

Ahí quedan sin aliento  
*(se quedan sin lengua ni saliva),*  
colgados en árboles de sueños  
para volverse follaje abundante  
y ser alimento de pájaros  
con alas extendidas en la sombra.

LIII

Por la esquina de la plaza pasan  
los guardianes del orden en desorden,  
en medio del júbilo feriado  
de hombres cubiertos de espuma.  
Disuelven ligámenes de la ciudad  
más sola que nunca por la noche.  
La ausencia de sol será benévola  
con la devoción de las putas,  
habrá clientela errando por las calles  
para cubrirse de polvo clandestino.

LIV

A lo lejos, el ritmo del acordeón  
se escucha como eco en las paredes,  
rueda sobre los brazos de la noche  
para quedarse en ramajes de árboles  
con siglos de sombra.

La plaza se desnuda de pájaros  
para aceptar los acordes insomnes  
de un huapango clandestino  
en medio del caos de la ciudad.

L V

Hay putas bellas que alientan el morbo  
de perros nocturnos que lamen el rostro,  
estrellas fugaces que hienden el viento  
cayendo en mares de oleaje impetuoso.

Hay putas rojas que muerden el lóbulo  
de cuervos profundos que vuelan en ocio,  
aromas infieles que impregnan el cuerpo  
y arrastran cariño a cambio de poco.

Hay putas brillantes que esculpen los ojos  
y dejan sus manos tatuadas de asombro,  
se alejan por calles vacías de luna  
besando a la noche cubierta de lodo.



LVI

La medianoche extiende sus lenguas  
sobre el murmullo de piedra en la ciudad  
*(se derrama la saliva de dos estrellas  
sobre el cuerpo exhausto del honor),*  
lame calles que consienten  
el desvelo sin eco de hombres que lloran  
y mujeres que se alegran por dinero.

Hay charcos de lluvia muy joven  
sobre tejados de casas en el olvido  
*(iniciamos el baile de insectos  
en medio de habitaciones sin luz),*  
adentro consuman sus negocios  
aquellos que firman un contrato  
para sucumbir en la desnudez del viento  
durante el suspiro de una hora  
*(y luego yacemos en el estuario  
de dientes que muerden a la luna).*

Así extiende su lengua la medianoche  
sobre el murmullo de piedra en la ciudad.

## LVII

La medianoche se escombra frente a mis ojos  
cuando las campanas tañen su advertencia.  
La ciudad se humedece con el artificio de cuerpos  
en la habitación junto a los árboles del marasmo,  
los pájaros nadan en el aire de ojos invisibles  
y las nubes de fuego se concentran en la esquina.

Si pudiera celebrarme en esta medianoche  
en que mujeres de sal se abren ante mis ojos,  
quitaría la venda de piedra que me enceguece  
en la hora en que las calles danzan de erotismo,  
extendería mis alas para alzarme sobre las cosas  
y soltar resquicios que quedan en la memoria.

Si pudiera escombrarme en esta medianoche  
en que el alcohol me lame hasta parir olvidos,  
sería estatua de bronce con máscara de polvo  
en calles desiertas que se humedecen de lluvia.  
Sin embargo, la ciudad de vaho se estremece  
en la ansiedad que se acumula bajo la lengua.

LVIII

La ciudad que copula con la noche  
es un merolico de polvo en el espejo,  
enmudece de holocaustos  
cuando se orgasma la madrugada.  
Las calles pobladas de niebla  
se alían con el aliento del mar,  
con el silencio de perros sin ojos  
para dormir horas de indolencia  
al borde del cinismo,  
antes de que canten los rayos del sol  
en el ombligo de ventanas sordomudas.

LIX

Hay holocaustos que enmudecen  
la noción de saberse polvo,  
nos despedazan la vista de tierra  
para encegüecernos de nombre  
en calles de insomnio.

Hay holocaustos que petrifican  
el nombre con agujas de plata,  
nos navegan sobre aguas del cuerpo  
y nos corrompen por dentro  
en violencia profana.

Hay holocaustos que desmoronan  
la carne hasta volverla sal,  
nos lamen en atmósfera de miedo  
cuando el terror nos desdobra  
en labios de la ciudad.

Hay holocaustos que nos disipan  
y nos vuelven teorema de sol,  
nos transfiguran en creencia de ojos,  
nos crucifican de piedras el rostro  
como castigo de Dios.

L X

Los guardianes del orden  
son ahora fantasmas sin nombre  
de pájaros nocturnos que se posan  
sobre árboles de insomnio  
y postes de piedra:  
ya no es necesario imponer el orden  
porque todo en la ciudad es orden.

LXI

Las putas son estrellas colgadas  
en un cielo con brazos desnudos  
y un aliento desolado  
apaga las velas en habitaciones de sal  
para tocar sin instrumentos las notas  
del sueño urbano en la madrugada.

LXII

El rocío de dioses desnudos  
se extiende por calles de arena,  
sobre follajes de árboles  
sin nombre,  
en visiones de neón dormido  
entre ojos invisibles del aire.

LXIII

Búhos de piedra en esquinas  
se rompen de alas undiadestos,  
alzan vuelo en la sal  
para escaparse de jaulas arenosas.  
Ruedan monedas por la calle  
cuando la luz lame a los hombres,  
se fragmenta la ciudad,  
se parte para tocar contornos.  
Los perros no ladran a la luna  
porque no hay luna  
y los rostros se derriten en la espera  
del árbol que muera undiadestos.



LXIV

Hay fragmentos que dicen respuestas  
en ventanas que se inundan de lodo,  
lamentos con cuencas de heroísmo  
que se hunden en alas del escombros.

Hay fragmentos en árboles de oro  
cuando el viento deslumbra por todo.  
En trampas que reinventan destinos  
se incendian las guitarras de ojos.

Hay fragmentos que tocan el morbo  
en plazas de monumentos históricos,  
cuando el sol de la mañana es peligro  
para enturbiar de hombres el rostro.

L X V

La mujer desobedece el mandato  
de luz que se derrama en árboles,  
cae la ceniza sobre la ciudad  
para lamer sus miedos de polvo.  
El fuego se extiende en el universo  
y palpa labios que se abren de sed.  
Surge el rumor del aire en espejos,  
opacidad de cuerpos en las charcas,  
desnudez de sombras inconclusas  
por calles que inhalan advertencias.  
Queda cubierta de sal la memoria,  
la mujer petrificada de nociones,  
la mujer con ojos de gacela desnuda  
en murmullos redondos del agua.

LXVI

Las alas de la noche se cierran  
en las lenguas extáticas del sol,  
sólo queda el aleteo  
como eco de piedras redondas  
al fondo de riachuelos invisibles.

LXVII

Explosión de venas en el mundo  
sin pisar el fango extraño de la muerte.  
Se enceguecen por la luminosidad  
de un estallido cósmico los ojos,  
hecatombe incomprensible de religiones  
con raíz en el vientre del polvo.  
Norte y sur en un punto  
de múltiples direcciones.  
El cuerpo se expande y se contrae  
en orgasmos dolorosos por imposibles:  
todo en un mismo ángulo sensorial.  
Es la inundación terrible del impulso  
y la ciudad se queda vacía, vacía, vacía...



## Indice

I .....	11
II .....	12
III .....	14
IV .....	16
V .....	17
VI .....	18
VII .....	19
VIII .....	20
IX .....	21
X .....	22
XI .....	23
XII .....	24
XIII .....	25
XIV .....	26
XV .....	27
XVI .....	28
XVII .....	29
XVIII .....	30
XIX .....	31
XX .....	32
XXI .....	33
XXII .....	34
XXIII .....	35
XXIV .....	36
XXV .....	37
XXVI .....	38
XXVII .....	39
XXVIII .....	40
XXIX .....	41
XXX .....	42
XXXI .....	43
XXXII .....	44
XXXIII .....	45
XXXIV .....	46
XXXV .....	47
XXXVI .....	48

XXXVII .....	49
XXXVIII .....	50
XXXIX .....	51
XL .....	52
XLI .....	53
XLII .....	55
XLIII .....	56
XLIV .....	58
XLV .....	60
XLVI .....	61
XLVII .....	62
XLVIII .....	63
XLIX .....	65
L .....	66
LI .....	67
LII .....	68
LIII .....	69
LIV .....	70
LV .....	71
LVI .....	72
LVII .....	73
LVIII .....	74
LIX .....	75
LX .....	76
LXI .....	77
LXII .....	78
LXIII .....	79
LXIV .....	80
LXV .....	81
LXVI .....	82
LXVII .....	83

## **Íngrema la ciudad**

Este libro se terminó de imprimir el 15 de septiembre de 2011, en Ciudad Victoria, Tamaulipas.

Se utilizó tipografía Garamond en 12 puntos.

El tiraje fue de 1000 ejemplares.





*Ínglima la ciudad* es un recorrido nocturno por las calles, no de una ciudad en concreto, sino de todas las ciudades. Una serie caótica de ventanas abiertas por donde el yo poético se asoma con ojos entrecerrados para contemplar las diversas tonalidades de la noche, las lenguas luminosas que inundan la superficie de aceras y puertas, la prisa y el temor de la gente que ya no es gente sino insectos que vuelan en su ebriedad de alas.

Los protagonistas no son personas. Son los temores detrás del pecho, las calles aglomeradas en el abandono, las plazas secas de la memoria, la muerte que entra por la puerta sin anunciarse, los chasquidos ensordecedores de ambulancias y vehículos policiacos que surcan las arterias principales de la ciudad, la ciudad que se inunda de sombras, se llena de luces, se apuñala con *high heels*, la ciudad que se marchita en su insomnio crónico...